

# LA LIBERIA

DIARIO LIBERAL.

FUNDADOR: D. PEDRO CALVO ASENSIO.



AÑO XXVIII.—NÚM. 7.447.

## PUNTOS DE SUSCRICION.

MADRID: Administración de LA LIBERIA, Lope de Vega, 23 y 25, y en todas las librerías.—PROVINCIA: Girando directamente a estas oficinas y en casa de nuestros correspondientes.—LEON: D. Juan de la Torre, librería Española, rue Aurea, 48.—PARIS: para suscripciones y anuncios, C. A. Saavedra, rue Talbot, 55, y en las principales librerías de todos los países.

Viernes 11 de Febrero de 1881.

## PRECIOS DE SUSCRICION.

MADRID: Un mes, 8 reales.—PROVINCIA: Trimestre, 30 reales.—Por comisionado, 34 rs.—EXTRANJERO: Trimestre, 60 reales.—ULTRAMAR: Un año, 12 pesetas, en oro.—Países con quienes España no ha celebrado convenio postal, 80 reales trimestre.—No se servirá suscripcion alguna sin previo pago. Anuncios y comunicados a precios convencionales.

PRIMERA EDICION.

## EL VERDADERO CAMINO

La favorable acogida que han recibido de la opinion pública los actos que hasta ahora ha realizado el Gobierno fusionista, inspirados todos en un criterio ampliamente liberal y reparador, es la más palmaria prueba de que cuando pedíamos un cambio de procedimientos en las esferas oficiales reflexábamos con exactitud y fidelidad el unánime sentimiento de la inmensa mayoría del país.

Al lado de este sistema en extremo significativo poco nos importa la escasa cortesía que han manifestado hacia la situación actual los periódicos canovistas, empeñados en censurar lo que todavía no conocen y lanzados a las pocas horas de su caída por los senderos de una oposicion sistemática y prematura, apelando a un criterio puramente pesimista, como podían hacerlo los más acérrimos adversarios del régimen vigente.

Así como desde el campo de la oposicion no nos ha hecho salir del camino que creíamos ajustado al más recto patriotismo ni las alaracas de los unos ni las insidiosas sugerencias de los otros, en el punto en que ahora nos hallamos desplegaremos la misma calma y tranquilidad al examinar los actos de nuestros amigos y al rechazar los cargos injustos que se dirigen contra la agrupacion política a que pertenecemos.

Esperamos, por lo tanto, que así como sin jactancia podemos alabarnos de la campaña oposicionista de seis años que hemos hecho dando calor y vida al régimen constitucional, nuestros enemigos políticos entrarán en cuentas consigo mismos abandonando ciertos derroteros por donde se han empeñado movidos por el despecho e impulsados por la idea que profesaban de monopolio indefinido.

Hasta en los asuntos más secundarios, como los que se refieren al personal y que son peculiares de la agrupacion que ejerce el mando, buscan los canovistas motivos de chacota y de burla, diciendo, despues de haberse convencido del profundo respeto que al cumplimiento de la ley manifiestan los actuales gobernantes, que en el campo liberal no existen elementos suficientes para desarrollar una Administración propia y una política original y expansiva.

Nada más absurdo que semejante suposicion; pues aunque los partidos liberales no hayan sido en España los más afortunados ni mucho menos en lo que se refiere al medro personal, cuentas, sin embargo, el fusionismo con individualidades de prestigio, de talla política, de idoneidad y pureza para el desempeño de la mision que ha echado sobre sus hombros, y por esta causa nosotros miramos con entera tranquilidad tales ataques que de ninguna manera pueden herirnos, y que nos recuerdan las pretensiones de los antiguos moderados, los cuales, atribuyéndose la suprema inteligencia, conduxeron más de una vez a la patria al borde del abismo.

Nosotros desdeñamos semejantes pequeñeces que consignamos solamente como un sintoma que caracteriza la clase de armas que contra nuestros amigos políticos se esgrimen, creyendo firmemente que éstos, con medidas liberales, acertadas y salvadoras, abrirán una nueva era de felicidad y bienestar para la nacion que necesita reponerse de los pasados desastrosos.

Porque es bueno que se sepa el valor de las referencias de los conservadores en lo que se roza con los planes que se atribuan y el escaso celo que les merecía el país, a quien trataban de satisfacer continuamente con pomposas promesas.

Los presupuestos que los ministros salientes anunciaban como ya formados, los proyectos de que se hablaba con tanta seguridad hasta en las mismas Cámaras, y las nuevas medidas que propalaban los órganos oficiales, no existían, según nuestras noticias, más que en la fantasía de sus presuntos autores; de suerte que en este punto la tarea

del Sr. Camacho tendrá que ser completa, á fin de que á su debido tiempo quede legalizada la situación económica.

Quien en periodo tan difícil como el de 1874 dió relevantes pruebas de su aptitud, resolucion y especiales condiciones para abordar los más árduos problemas rentísticos, no dudamos que en los actuales momentos justificará plenamente lo que la opinion espera, y por eso confiamos en que se iniciará un periodo fecundo en la gestion de nuestra Hacienda, tan necesitada de reformas acertadas y prudentes.

Tampoco dudamos ni por un momento que nuestro querido amigo el Sr. Camacho dedicará su más decidido empeño á la importante tarea de moralizar la Administración, que en esta empresa será secundado por todos sus dignos compañeros de Gabinete, acabándose quizá para siempre la multitud de abusos y corruptelas de que nos hemos quejado justa y amargamente por espacio de largos años de dominacion conservadora, porque una vez establecidas sobre sólidas bases las buenas costumbres y desplegada sin contemplaciones de ningún género una saludable severidad, será factible lo que no ha podido realizarse por medio de una exagerada intervencion que multiplicaba las ruedas inútiles y agravaba el mal en lugar de aminoralas.

Desde nuestra modesta esfera, y satisfechos de los primeros pasos que ha dado el Gobierno, nos atrevemos á dirigirle esta amistosa excitacion, en la seguridad de que siguiendo por este camino con resolucion y empeño, cumplirá cuantas ofertas ha hecho al país desde los bancos de la oposicion, dejando en pús de sí un nombre distinguido y títulos gloriosos á la consideracion y agradecimiento de la patria.

## EL RESPETO Á LA LEY

Mientras los diarios conservadores y algunos otros que no lo son dedican una buena parte de sus trabajos á comentar las palabras en que nuestro querido amigo el Sr. Sagasta ofrecía en nombre del Gobierno el profundo respeto á la ley, calificando los aludidos colegas esta promesa como sin significado alguno, *El Demócrata* de anoche acusa al Gabinete de haber empezado á dar muestras de debilidad porque no derogó por sí y ante sí la ley de imprenta vigente. No se tachará á LA LIBERIA de amante de una disposicion censurada acremente en todos tonos por nosotros, y de la cual hemos recibido recientes heridas muy recientes todavía nos duele; pero así y todo es preciso rendir un tributo al sistema representativo y abandonar para siempre la funesta costumbre entre nosotros de sustituir al poder legislativo por el ejecutivo.

Y no se crea que el Gobierno de nuestros amigos ha adoptado este punto de vista con miras egoístas e interesadas, puesto que bien en la memoria de todos están las disposiciones de carácter legislativo que perjudican grandemente á nuestros amigos y que serían respetadas por el Gabinete.

La conducta por éste adoptada es la única plausible. Desde el momento en que los Gobiernos se crean autorizados para abolir ó suspender los efectos de una ley por considerarla injusta, la arbitrariedad ministerial no tiene límite; con inventar un sofisma para combatir lo que las Cortes han votado sólo queda sobrenadando la voluntad del Gabinete, que algunas veces puede ser fiel intérprete de la justicia; pero que siempre es una ilegalidad y frecuentemente una arbitrariedad.

El Gobierno actual es de los pocos que en España han llegado al poder por el camino de la legalidad, y ese y no otro es el que debe seguir, tanto con respecto á las leyes que nos favorecen como á las que nos perjudican, que no son pocas desgraciadamente, porque los conservadores parece que no tenían otro pensamiento al dictarlas que el de la exclusion de los partidos adversarios del anterior Gabinete.

Cuando las Cortes puedan ser rennidias vendrá otra campaña en favor de la libertad para asegurarla con disposiciones de carácter legislativo en armonia con los principios que hemos defendido en la oposicion. Las elocuentes palabras pronunciadas en las Cámaras por el ilustre jefe del Gabinete son todo un programa, que se cumplirá estrictamente.

La lealtad á los compromisos adquiridos es el

firme propósito del Gabinete, el respeto incondicional á la ley su norma de conducta.

La *Fé* de anoche publica un artículo cuya importancia comprenderán en cuanto lo lean nuestros lectores. En él se hacen declaraciones y se lanzan ataques á *El Siglo Futuro* de tal naturaleza, que nos indican, sin género alguno de duda, lo profundo del abismo que se ha venido abriendo desde hace mucho tiempo entre las dos fracciones del campo tradicionalista, y lo imposible que es ya el que ese abismo se cierre. La *Fé*, rebelde á los mandatos del que inspira á *El Siglo Futuro*, se revuelve anoche de una manera atrevida contra él y lo provoca como nunca á un combate que los liberales hemos de ver con gusto, porque será la muerte de un partido tantas veces humillado en los campos de batalla.

He aquí el artículo referido:

### ¿QUÉ SOMOS?

«Se dice que somos rebeldes, y sin entrar en consideraciones, que dejamos para otra ocasion, acerca de la obediencia que se puede exigir y de la que se puede prestar, vamos á probar que no hemos sido rebeldes, ni siquiera desobedientes, ni discolos en ningún sentido.

«Hasta la polémica del verano pasado no hubo ninguna cuestion entre D. Cándido Nocedal y nosotros: sólo una vez habia usado de su mandato D. Cándido Nocedal, para proponer lo que indicamos en el día pasado, un acto incalificable de invasion en el terreno exclusivo de la Iglesia, y despues de nuestra protesta, cuando D. Cándido Nocedal redujo el asunto á cubrir el amor propio de su hijo, nosotros nos comprometimos á salvar aquella dificultad sin escándalo, y, en efecto, la salvamos.

«El conflicto se suscitó á consecuencia de las palabras del Sr. Pidal á las masas carlistas. ¿Qué se nos mandaba de París y qué nos decía D. Cándido Nocedal? ¿Que no pactáramos con los aines. ¿Y qué decíamos nosotros? ¿Que no veláramos siquiera donde estaban esos aines, porque eran tan pocos, que no se los distinguía, y que jamás pactáramos con ellos. Ni de París se nos mandó, ni D. Cándido Nocedal nos dijo otra cosa; pero *El Siglo Futuro* quería que llamásemos al Sr. Pidal representante del ateísmo y más temible que los hombres de la *Comuna*, y como no quisimos hacerlo porque tenemos conciencia, y como D. Cándido Nocedal ha sido siempre el verdadero director de *El Siglo Futuro*, y como de todos modos, era responsable de aquellos ataques fieros que por espacio de cinco días estuvo dirigiendo *El Siglo Futuro*, escribimos á París diciendo que no podíamos aguantar la direccion de D. Cándido Nocedal, que nos estaba deshonrando, y que nos considerábamos libres de él si no se nos mandaba lo contrario.

«No se nos mandó lo contrario, y entonces dijimos que no teníamos que reconocer la jefatura del Sr. Nocedal y siguió la polémica con *El Siglo*, hasta que fué cortada del modo que todos saben el día siguiente de haber publicado *El Siglo Futuro* una carta que nos daba el indisputable derecho, aun despues de la prohibicion de París y de la del eminentísimo cardenal, de contestarla, y de contestarla viudicando nuestra *libertad* y entrando en el examen de la del Sr. Nocedal, á la que ni antes ni ahora hemos hecho alusion ninguna.

«Confirmáronse entonces los poderes de D. Cándido Nocedal; nos dió comunicacion oficial de ellos, y oficialmente le respondimos, reconociendo la representacion que se le habia dado, y oficialmente nos comunicó la noticia de que en París se aplaudia aquella conducta nuestra, y oficialmente nos envió unas instrucciones, y oficialmente contestamos habiámos recibido.

«Y digamos al paso que las comunicaciones venían á nosotros con esta direccion: al *Señor director de La Fé*, mientras las nuestras se dirigían al Excmo. Sr. D. Cándido Nocedal; es decir, que nosotros dábamos á D. Cándido el tratamiento que debe á haber sido ministro de la reina Isabel, mientras el olvidaba que el director de *La Fé* habia sido ministro algunos meses de D. Carlos; y ya que ni entonces cobró sueldo ninguno y despues no habia cobrado un centimo de cesantía, debía si quiera, devolviendo el tratamiento, corresponder al que á él se le daba, con lo cual habria reconocido tambien lo que hasta ahora no ha reconocido sino cuando manda y en el hecho de estar mandando.

«Y preguntamos: hasta aquí, ¿dónde está la desobediencia y la rebeldía?

«Pues sigamos.

«Llegó el mes de Setiembre. D. Cándido Nocedal estaba en París visitando, según dijo *La Epoca*, al embajador marqués de Molins, porque es es-

pañol ante todo (y porque no habria cobrado la cesantía de los 40.000 de no presentarse); y por aquel tiempo dijo *L'Univers* que D. Cándido Nocedal habia sido nombrado representante en Madrid del tradicionalismo por los servicios que habia hecho desde 1854, y que *El Siglo Futuro* era el órgano autorizado en Madrid. Y como esto último era de todo punto contrario á lo que decían las Instrucciones, y como lo primero era un insulto borrosco lanzado á los tradicionalistas, según lo empezáramos á demostrar mañana, protestamos contra una y otra cosa, y no hubo más, ¿Hay aquí desobediencia ni rebeldía? Al contrario: la protesta arrancaba de las Instrucciones y era una prueba de respeto á lo que en ellas se consignaba, lo mismo que á nuestro jefe insultado, sin quererlo, por las afirmaciones de *L'Univers* y que *El Siglo Futuro* copió sin protesta ni rectificacion.

«De los ataques que *El Siglo Futuro* (como se vió despues) estaba infringiendo al Papa por su intemperancia, por su correspondal en París con motivo de la manifestacion de las Ordenes monásticas de Francia, nada dijimos ni antes ni despues de haber venido la condena del Papa, á pesar de que teníamos el derecho y acaso el deber de hacerlo; de los ultrajes inauditos inferidos por el mismo correspondal á las Hermanas del Sagrado Corazon, nada dijimos, ni siquiera insertáramos ninguno de los comunicados que se nos habian remitido, hasta que *El Siglo Futuro* se retractó, y entonces sólo hicimos constar la retractacion; alabándole, por último, cuando, despues de algunos escarceos para negar que la hubiese hecho, volvió á confirmarla.

«¿Hay en esto rebeldía? ¿Hay desobediencia si quiera? Pues llegamos á la cuestion de actualidad, y aquí sí que pedimos toda la atencion de nuestros lectores.

«¿Qué dijimos nosotros al publicar un día despues de *El Financ*, y el mismo día que *El Siglo Futuro*, la felicitacion á monseñor Freppel, que nosotros no habíamos firmado?

«Que aquel acto sólo lo aplaudíamos como acto católico; que lo condenáramos severamente si llegase á indicar siquiera tendencias políticas; que lo combatiéramos con la mayor energia si se trataba de formar un partido católico político, cuando existe un partido político católico, que es el país entero.

«*El Siglo Futuro*, sin tener para nada en cuenta nuestras declaraciones, acusó de traidores, más que á los firmantes, á *La Fé*, afirmando que aquel acto era un acto político y que nosotros lo apoyábamos.

«¿Y qué nos dijo de esto D. Cándido Nocedal? Nada; y por tanto podíamos defender nuestra opinion; pero confesamos ingenuamente que si don Cándido Nocedal nos hubiera dicho que llamáramos traidores al conde de Orgaz y al marqués de Villadarias, con los demás firmantes amigos nuestros, no le hubiéramos obedecido, porque sobre todos los mandatos del Sr. Nocedal y de todo el mundo, está para nosotros el octavo mandamiento de la ley de Dios.

«Empezando á hablar los obispos aplaudiendo y bendiciendo la felicitacion á monseñor Freppel, llamando á concurrir á ella á todos los hombres de buena voluntad, porque el acto es puramente católico, y aparece en *El Siglo* aquella declaracion en que se condenaba el acto, declarándole acto político y mandando apartarse de él á todos los tradicionalistas.

«Nosotros dijimos que semejante declaracion no habia podido ser obtenida sino por una sorpresa viliana, única palabra fuerte que hemos empleado, y hoy insistimos más que nunca en lo de la sorpresa; pero ¿por qué? D. Cándido Nocedal lo sabe; porque desde esta casa se fué á buscarle nuestro querido amigo el nobilísimo D. Isidoro Tornero, á pesar de los justos agravios que tenia con el señor Nocedal, que le dió la palabra, que no ha cumplido, de rectificar una calumnia de que fué objeto en *El Siglo Futuro*, y le dijo en su nombre y en el nuestro: ¿lo que va á venir aquí es esto (lo que ha venido), y ¡ay! lo que aun tenemos que venga; salvemos lo que hay que salvar aquí á todo trance.»

Pues D. Cándido Nocedal no respondió nada.

«A pesar de eso, nosotros en *La Fé* tratamos por tres veces, en los términos más comedidos, de cortar la cuestion, y nada. *El Siglo* seguía insultándonos y calumniándonos en su periódico con una frase aislada y con un arte que no calificáramos. Hubo más; habíamos largamente con un querido amigo nuestro á quien llama ahora querido amigo suyo *El Siglo Futuro*, quien nos preguntó:

«¿Acudirán Vds. á una junta á la casa de don Cándido Nocedal?

«Sí,—dijo D. Vicente de la Hoz.

Y eran ellos, sin embargo, dispuestos y preparados para una caza en la que no podían prever los incidentes, para una persecucion que debía ser misteriosa y encarnizada como la de los salvajes.

En el espíritu del joven agente aquella prueba audaz era la decisiva.

Desde el momento en que los compañeros de todos los días, gentes acostumbradas á sorprender todas las supercherias del traje, no conocían á él ni al padre Absinto. Mayo debía indudablemente caer en el lazo.

«No me extraño de que no me conocieran,—decía el padre Absinto,—porque para mí mismo estoy desfigurado! Únicamente vos, señor Lecoq, podéis haberme transformado en un propietario pacífico, á mí, ¡que tengo siempre el aire de un genearme disfrazado...!

Pero habia pasado el momento de hacer toda clase de reflexiones.

El joven agente acababa de ver en el puente de Change, un coche colular que venia al gran trote.

«¡Cuidado, viejo!—lijó á su compañero,—aquí llega nuestro hombre... ¡Enseguida cada uno á su puesto, recordad la consigna, y mucho ojo...!

Cerca de allí, en el muelle, habia una carpintería rodeada por una empalizada de madera. El padre Absinto corrió á colocarse delante de los anuncios puestos en el cerreado, y Lecoq viendo un azadon olvidado lo cogió, y se puso á remover la arena.

Hicieron bien en apresurarse.

El coche acababa de entrar en el muelle.

Un instante despues pasó por delante de los agentes, y se internó con gran estrepito en la bóveda que conducía á la «ratonera».

Mayo iba en aquel coche.

Lecoq tuvo la certidumbre de ello al ver al vigilante sentado en el pescante.

El coche permaneció durante un cuarto de hora en el patio...

Cuando reapareció, el cochero que se habia apeado sacaba los caballos de la brida.

Arrimó el vehiculo á la pared del Palacio de Justicia, hechó una manta sobre el lomo de las caballerías, encendió su pipa, y se retiró.

Durante un momento la ansiedad de los dos observa-

«No,—dijo D. A. J. de Vildósola, quien, por último, se conformó con que fuera una persona en representacion del periódico.

«¿Acudirán Vds. á una junta á que asistiera D. Cándido Nocedal?—volvió á preguntarnos nuestro amigo.

«Sí, y con empeño,—respondieron á una voz los Sres. La Hoz y Vildósola.

«¿Firmarán Vds. una felicitacion tradicionalista que dirigiera D. Cándido Nocedal?

«Sí, en cuanto nos la traigan; y sepa usted—añadimos—que si nosotros no hemos escrito un mensaje tradicionalista que habrian firmado nuestros amigos los firmantes de la felicitacion á monseñor Freppel y otros muchísimos tradicionalistas, ha sido por respeto á lo que representa D. Cándido Nocedal, quien no ha podido rennir firmas para la que anunció que estaba preparando.

«Y nada; *El Siglo Futuro* siguió la conducta arriba señalada.

«Por último, en vista de un suelto de *La Epoca*, D. Vicente de la Hoz fué á casa de D. Cándido Nocedal, y le dijo lo que se ha contado, y oyó, de labios del Sr. Nocedal, lo que ya se ha dicho, sin que ni de una parte ni de otra se pronunciara una palabra dura, y el resultado de aquella entrevista, que podía y debía haber traído una avenencia, fué que D. Cándido Nocedal escribiera á París lo que puede suponerse por lo que indicó *La Epoca* y lo que se cuenta por algunos tradicionalistas de Madrid de los insultos que D. Vicente de la Hoz dirigió á D. Cándido Nocedal y aun á D. Carlos;—insistencia á que no puede dar el menor crédito quien haya hablado á D. Vicente de la Hoz una sola vez.

«¿Dónde está la rebeldía? ¿Dónde siquiera la desobediencia?

«Pero sigámos un momento más nuestros lectores; lo mejor es lo que falta.

«Antes de que se publicara la felicitacion á monseñor Freppel, hubo en casa de *La Fé* quien escribió á París dando noticia de ella, y no bien se publicó la felicitacion, la esposa le decía al esposo:

«Ha sucedido lo que no podía ménos de suceder, hay un peligro que yo he procurado que no venga ó venga lo más tarde y lo más débil posible, pero que se empeña tu administrador en hacer necesario y grave. Trae tu nombre á la empresa que se ha iniciado por muchos buenos y leales amigos tuyos, acaso por algunos que quieren librarse de algunas ligaduras, y por otros que no te conocen ó que tal vez te aborrecen más ó ménos, y ó éstos se marcharán y pondrán al descubierto su catolicismo, ó tendrán que seguir contigo, porque no hay miedo de que su ideal dé un paso en ese sentido, y todo eso habrás ganado.»

«Esta carta tenia la fecha del 1.º de Enero.

«Contestacion (es decir, carta del esposo á la esposa, pues que de las indicaciones de ésta no se decía nada), con fecha 15:

«Tengo para mí que el nombramiento de ese administrador ha traído todo eso, y del nombramiento tú tienes parte de la culpa. Eso que se ha hecho no me gusta; pero ya sabes que en ti siempre confío y confiaré, porque sé que no puedes dejar de serme fiel.»

«Otra carta del esposo, fecha 18, al administrador:

«Esos otros, que se marchen si quieren; en cuanto á mí esposa, déjala que se arregle.»

«La esposa nada escribió sobre esto al esposo, y si habló á sus amigos, fué en el tono que no ha dejado ni por un momento en este asunto; y sin embargo, el esposo le escribió el 28:

«Eres rebelde, y te expulso de mi lado.»

«Ahí está la historia completa de nuestras rebeldías y de nuestras desobediencias; no ha habido desobediencias ni rebeldías.

«¿Qué ha habido, pues?

«No lo entendamos, á no ser que haya el empeño resuelto, decidido, marcado en todos los actos de D. Cándido Nocedal, dueño de *El Siglo Futuro*, de que *La Fé* dejara de ser tradicionalista, ó de que los tradicionalistas dejaran de considerar á *La Fé* como el órgano más fiel y más desinteresado, si no más docto y elocuente de la comunión tradicionalista.

«Por supuesto que ese empeño sólo lo ha tenido D. Cándido Nocedal por los fines más elevados y por amor á la religion y á nuestro jefe. Sí, señor; sólo por ese amor busca D. Cándido Nocedal lo uno y lo otro; es decir, que *La Fé* deje de ser tradicionalista como nació y morirá, ó que los verdaderos tradicionalistas, que tienen ya mucha experiencia, abandonen á *La Fé*.

«¿Está fresco!»

En la última edicion de *El Demócrata* encon-

dores fué un verdadero sufrimiento, nada se movía, nada habia...

«Pero al fin la portezuela del carruaje se entreabrió dulcemente, con precauciones infinitas, y una cabeza pálida y azorada apareció... la cabeza de Mayo.

«Con una mirada rápida, el prisionero exploró los alrededores.

«Nadie pasaba entonces.

«Con la presteza y la precision del gato, saltó á tierra, cerró sin ruido la portezuela, y se puso á marchar en direccion al puente de Chanje.

XXXVI.

Lecoq respiró.

Habia temido que alguna circunstancia fuese olvidada hubiese tenido todas sus combinaciones.

Hasta se preguntaba si el enigmático acusado rehusaría la libertad peligrosa que se le ofrecía.

«¿Van inquietudes...! Mayo se escapaba, no como un atrevido, sino con premeditacion.

«Entre el momento en que se vió solo, olvidado en su compartimento mal cerrado, y el instante en que entró en la portezuela habia corrido el tiempo necesario para que un hombre de su energia, dotado de una prodigiosa perspicacia, pudiese analizar y calcular las consecuencias de una determinacion tan grave.

«Sí, pues, el caos en el lazo que se le habia tendido, lo hacia con conocimiento de causa.

«Aceptaba, con temeridad tal vez, pero no con engaño, una lucha prevista.

«Luego, pensaba Lecoq, si aceptaba esta lucha es que entrevé alguna probabilidad de salir vencedor.

«Esto era causa de temor para el agente, pero tambien pretexto para emociones encantadoras, porque tenía una ambicion por encima de su estado, y todo ambicioso es jugador.

«Consideraba que entre el acusado y él, la partida era casi igual. Desde ahora nada de prisiones, ni de calabozos, ni de jueces, nada de todo el formidable aparato de la justicia.

(Se continuará.)

43

FOLLETIN.

LECOQ.

POR EMILIO GABORIAU.

TRADUCCION DE RICARDO FRAGOSO.

(CONTINUACION)

«El director de la cárcel de... entregará al portador de la presente orden, al llamado... acusado... para conducirle á nuestra presencia en nuestro despacho en el palacio de Justicia, y enviarle enseguida á la ciudad cárcel.»

Nada más ni nada ménos, una firma y el sello, y todo el mundo se apresura á obedecer.

Desde el momento en que esta orden se cumple hasta aquel en que el detenido vuelve á la prision, el director de la misma se halla libre de toda clase de responsabilidad y suca lo que quiera puede lavarse las manos sin cuidado ninguno.

De este modo se explica los grandes preparativos para el traslado del pillete más vulgar, y las ceremonias y precauciones de que lo rodean.

Hacen subir al detenido en uno de esos carruajes ligeros celulares que todos los días se ven estacionados en el muelle del Horloge ó en el patio de la Sainte-Chapelle, y le encierran sólidamente en uno de los compartimentos.

Este carruaje conduce al preso al palacio de Justicia, y allí, mientras espera su turno para ser interrogado, se le encierra en uno de los calabozos de la triste prision de espera, que en otro tiempo se llamaba la «ratonera.»

El detenido sube siempre al carruaje en el interior de la cárcel, y baja de él en un patio interior cuyas puertas se hallan todas cerradas y guardadas.

«La subida como á la bajada, el preso se ve rodeado de carceleros.

«En el camino se encuentra bajo la mirada de muchos vigilantes colocados unos en el pasillo que separa los

compartimentos, y los otros en el pescante al lado del cochero.

Por último los guardias de París á caballo escoltan el coche.

Así es que los más hábiles y enérgicos de los criminales, reconocen voluntariamente que es casi imposible escapar de aquel calabozo ambulante durante el trayecto.

La estadística de la policia sólo cuenta treinta tentativas de fuga en diez años.

De estas treinta tentativas veinticinco fueron completamente ridiculas; cinco se descubrieron antes de que sus autores pudiesen concebir serias esperanzas, y una sola, la de Gourdiér, efectuada en pleno día, en la calle de Rivoli, logró realizarse; el preso se hallaba ya á cincuenta pasos del coche, y corriendo siempre, cuando un municipal le cogió.

Sin embargo, en todas estas circunstancias se apoyaba el plan de Lecoq para la evasion de Mayo, plan de una sencillez infantil como su autor confesaba ingenuamente. No consistía más que en cerrar imperfectamente el compartimento de Mayo cuando este saliese de la cárcel y dejar olvidado al preso cuando el carruaje, despues de detenerse delante de la «ratonera» depositase en ella el cargamento de criminales, y se marchase, según costumbre, á esperar en el muelle la hora de vuelta.

Habia cien probabilidades contra una de que el detenido se aprovechase de aquel olvido para efectuar la evasion.

Todo fué combinado y preparado conforme á los deseos de Lecoq y para el día que indicó, es decir, para el primer lunes despues de terminadas las vacaciones de la Pascua.

La orden de extraccion fué entregada á un carcelero, jefe, inteligente, con las instrucciones más minuciosas. El carruaje celular designado para conducir al fugitivo salimbanquis debía llegar al palacio de Justicia á eso de las doce del día.

Y sin embargo, desde las nueve de la mañana pasaba como haciendo tiempo, alrededor de la Prefectura uno de esos viejos pilletes de París que casi hacen creer en la fábula de Vénus saliendo de las olas; tan verdaderamente parece que ellos han nacido de la espuma de los charcos y arroyos de las calles.

Hallábase vestido con una mala blusa de lana negra y un pantalón de cuadros grandes sujeto á la cintura por un cinturón de cuero. Sus botas indicaban claramente que habian andado por el barro de los alrededores, su gorra estaba sucia; pero la corbata de raso de lana roja, pretenciosamente anudada no podía ser más que un regalo de amor.

El color del rostro de aquel hombre era pálido, los ojos estaban abotargados, la expresion de la cara embuteada y la barba era rara. Los cabellos amarillentos pegados á las sienes se hallaban cortados al rape en la nuca, y afeitados por debajo de ésta como si el que los llevaba quisiera anticipadamente ahorrar trabajo al verdugo.

Al ver su aire, el contoneo de las caderas y el movimiento de los hombros, al examinar el modo como sostenía el cigarrillo y de escupir por entre los dientes, Polito Chapin le hubiese entregado la mano como á un amigo.

Era el 14 de Abril, y el tiempo estaba hermoso, la atmósfera templada, las cimas de los árboles de las Tuilerías verdeaban en el horizonte, y aquel hombre debía estar contento de vivir sin tener nada que hacer.

«Iba y venía á lo largo del muelle del Horloge que pisan en las primeras horas de la mañana tantas personas, dividiendo su atencion entre los transeuntes y los trabajadores que se hallaban en el Sena.

Algunas veces atravesaba el empedrado e iba á decir unas palabras á un viejo y respetable señor con gafas, de barba larga, bien puesto, con guantes de seda, que tenía todo el aire de un propietario modesto y que parecia conceder á las tiendas de ópticos una curiosidad especial.

De tiempo en tiempo pasaba un agente de seguridad, y, tan pronto como el propietario ó el obrero le veían, acercábanse á él y le preguntaban cualquier cosa insignificante.